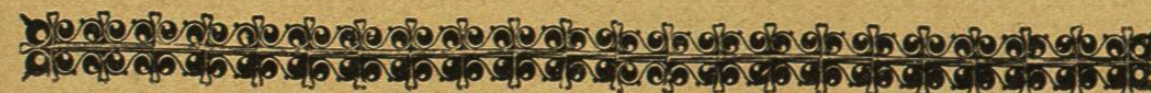


plos del aire, y desvanecidas en átomos, nutriendo por la intensidad otros cuerpos y no pasando nunca del mundo material. Yo creo ahora, y he creído siempre, desde que me reconozco, en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Pero no puedo negar aquello que me patentiza la observación diaria y el estudio continuo, la comunidad de las generaciones vivas con las generaciones muertas, la comunidad de las generaciones futuras con las generaciones vivas, uniéndose todas en la perdurable justicia social humana, como se unen lo pasado, lo presente, lo porvenir, en la eternidad indudable del tiempo. Los muertos van en los vivos. La herencia de los sentimientos y de las costumbres aparece patentísima en cada hogar y pueblo, juntando con las piedras del hogar las piedras del sepulcro. Nada me conmueve tanto como sentir sobre mi cabeza las armonías celestiales de una iglesia y bajo mis pies las lápidas funerarias, juntando la muerte con la inmortalidad. ¡Cuántas enfermedades crónicas, que ahora son, se ligan estrechamente, como por una cadena, con otras que ya no son! La herencia de sangre patricia es una mentira social; pero la herencia de sangre pura es una verdad fisiológica. Nos revolvemos contra la transmisión del pecado por Adán á sus hijos y en cada instante de la vida vémosla confirmada por los hechos. Y así la vemos en nosotros, que contamos una genealogía de siervos, por lo cual se oculta el nombre de nuestros progenitores en la indiferencia social antigua; ¡cuánto más no habrá de acaecer esto mismo al tratarse de familias como las dinastías y de instituciones como la realeza fundadas en el principio y en el privilegio hereditarios! La representación de *Carlos IX* mostró que los reyes contemporáneos vivían aun en aquellos verdugos borrachos de sangre y que los pueblos á su vez vivían en aquellas muchedumbres ojeadas y perseguidas como fieras. Cuando los sacudimientos revolucionarios lo trastornaban todo; en el minuto de las inmolaciones públicas; de los holocaustos y sacrificios en que ya surgía un juicio sumario condenando más ó menos justamente reos improvisados á la soga y á la linterna, ó la tierra se abría para tragar y los aires se emponzoñaban para perder á toda una generación, la cual debía quedar diezmada, por haber querido recibir demasiado pronto la nueva luz y vida, como se hielan esas flores que desde los senos del invierno anuncian la primavera, el espectáculo de las matanzas antiguas, venía, si no como una justificación, como una atenuante y excusa del terror revolucionario; pues si los reyes y los sacerdotes cometieron aquellos crímenes para salvar la monarquía tradicional y la intolerancia religiosa, nadie debería extrañar que también se cometieran crímenes horribles para fundar la democracia y traer la libertad, pues todas las ideas humanas se han bautizado con humana sangre.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-TERCERO

La Reina y Mirabeau.

El primer escalón de su destronamiento fuera su regreso á Paris y la reinstalación en Tullerías para el concepto y el sentimiento de María Antonieta. Un Rey verdadero y absoluto debe vivir solo con los suyos en palacios erigidos y en jardines recostados adrede para él, como Dios en su emporio, acompañado de la pompa y seguido de la corte celestial. Versalles en el espacio y en el tiempo surgió para esto: para salir de la Monarquía. Desde aquel vasto palacio, que parecía una montaña; en aquella planicie de uniformidad tan monótona como el régimen absoluto, donde las terrazas parecían mesetas, las fuentes ríos, las estatuas ejércitos, por su número y petrificaciones de adulación servil en todas las formas posibles por sus actitudes; el Rey se creía solo dentro de la sociedad, é igualaba con el raso de su cetro absoluto en la misma servidumbre la religión, la ciencia, la naturaleza y el arte. Vivían los Reyes solos en Versalles; convivían con el pueblo en Paris. Versalles era, pues, el santuario de la realeza tradicional: Paris el domicilio de la Monarquía parlamentaria. Los Reyes absolutos han tenido siempre resuelta preferencia por los sitios reales. En España servíales, para la primavera, el real sitio de Aranjuez; para la estación estival, San Ildefonso; para la otoñal San Lorenzo; para la invernal, el Pardo. Un tiempo habitaron el Retiro, apartados de Madrid, aunque de Madrid cerca. Puede asegurarse que Carlos III, el Rey filósofo y liberal de nuestros anales, á quien cupo la gloria de aplicar el pensamiento moderno á la vieja España realista, fijó la residencia del jefe de nuestro pue-

blo y la cabeza del gobierno en Madrid. La Granja se acomoda mucho con la tristeza de Felipe V, y el Escorial con la tristeza de Felipe II. Rey, entre los absolutos, existió que buscaba la soledad en los sitios reales, Felipe III, por ejemplo, hasta el extremo de prohibir se acercasen los vasallos, no inscritos en el censo de la población y no inscritos á su regio servicio en siete leguas alrededor, como si fuera directo propietario y dueño de toda la comarca. En Versalles el aire parecía ser para vivificar los pulmones del Monarca; la tierra para sustentarlo; el sol parecía esclarecerlo; el bosque y la floresta para incensarlo; no llegando hasta su atmósfera, serena siempre, ni ayes ni dolor, ni evaporaciones de lágrimas. En París acontecía lo contrario: el palacio estaba en perpetuo contacto con el pueblo. Más circuido aún de casas que ahora, pues entre las Tullerías y el viejo Louvre se aglomeraba un barrio entero, desde las habitaciones interiores oíanse todos los resuellos de una población por excelencia trabajadora, y desde las ventanas en vez de estatuas coronadas con diademas de dioses ó de los árboles recortados por tijeras académicas, veíanse los carretones resonantes sobre las piedras del arroyo; los jornaleros con el sudor de la frente y el mazo en las manos; el mendigo pidiendo limosna con quejas al transeunte bien puesto; los guardias nacionales demostrando el triunfo de la revolución; escarapelas en vez de flores; una democracia más fuerte que la realeza y más numerosa que los nobles.

Por tal modo ignoraban los Reyes el espíritu de los pueblos, que no sabían cómo entró la idea nueva en todos los ánimos, cual otra, por análogos procedimientos, el oxígeno á un tiempo en los aires y en los pulmones; y como no sabían esto, se quejaban del pueblo de Versalles, porque tendía la mano al pueblo de París, y mano sobre mano iban los dos á la Revolución. Aquella hermana del Rey, buena y sencilla en su despego al mundo y de los progresos del mundo; creía de que las estrellas del solio, bajo cuya sombra naciera, debían lucir y perdurar tanto como las estrellas del cielo, quejábase con acerbidad del pueblo de Versalles en cartas confidenciales á sus amigas, cuyo contexto magüer la mansedumbre y dulzura de tal princesa, muestra cómo decía ser viboreznos los versalleses destinados á devorar su propia madre, ó sea la vieja monarquía francesa. No hablemos de cómo se pondría la Reina en París, entre aquellas muchedumbres y su fragoroso estruendo semejantes al ruido de la tempestad. Aunque muy poco empingrotados en sus hábitos los emperadores, sus padres, así Francisco de Lorena como Teresa de Austria, habitaban palacios inmensos, disponían de sitios reales grandiosos, viviendo en poblaciones cortesanas como Viena por aquel tiempo, en que sólo al columbrar los Soberanos, caían de rodillas los súbditos y no se ponían de pie hasta perderlos de vista. ¡Cómo resultaría la diferencia entre París revolucionario á sus ojos y Viena! Luego su manía principal eran las casas de campo y los recreos campestres, cual si le gustaran la Égloga bucólica y el idilio rural por los presentimientos del término de su vida en una tragedia tan horrible como la mayor que haya dejado el incomparable genio trágico de los antiguos griegos. En las excenas de tal tragedia

entraron por mucho sus locas adquisiciones ó fábricas de palacios campestres, como Trianon, Rambouillet, S'Cloud, la Muotte. Ya puede uno imaginarse hoy sin esfuerzo cuánto le costaría entonces trocar el palacio de Luis XIV por el palacio de Catalina de Médicis; los árboles por las chimeneas; los altos surtidores como de cristal por los sucios arroyos como de excremento; las perspectivas en que, á la pradera cortada con canastones de florestas seguían los cortinajes del bosque por las fachadas ennegrecidas al humo de las fábricas; el regimiento de guardias tan apuestos y tan realistas, por los retenes de la Milicia Nacional tan revolucionarios; los besamanos de rúbrica por las manifestaciones de disgusto; la visita diaria de damas y galanes tan emperegilados por el ingreso de los clubistas, que la desacataban; el comercio y trato con la nobleza por el comercio y trato con la plebe; creyendo ella como creía que se hallaban destinados á gobernar los Reyes al pueblo como Dios al mundo, desde muy alto y muy lejos.

En la madrugada del siete de Octubre comenzó á sentir María Antonieta todas las contrariedades consiguientes á su estancia en París. Tras la noche primera en su capital, se había levantado, no de un sueño, de un insomnio, en cuyas ansias vió aparecer, como sombras siniestras, todos los horrores pasados hasta entonces y todos los presentidos para lo futuro, cuando empezaron á gritar muchedumbres de mujeres desaharrapadísimas agolpadas al pie de sus balcones, vociferando deseos de verla con sus ojos y saludarla de todo corazón y con toda el alma. Eran las mismas, levantadas en tumultos, idas á Versalles desde París, casi borrachas á las cóleras populares, quienes sobre piezas de artillería, y entre grandes tropes de revolucionarios exaltados, habían, como furias, ofendido á la Reina y pasádola por el rostro, en su calle de la amargura, las cabezas lívidas de los guardias fieles, desbarrigados y trucidados y disyectos por sus iras incendiarias y exterminadoras. La víspera, viéndose, á guisa de naufragos caídos en las olas, con su cuerpo casi todo en los escollos del tumulto y con su alma casi perdida en los dolores del infierno, al dar sus alhajas más preciosas y sus papeles más secretos á las amigas y azafatas de mayor confianza, como por ejemplo, Madame Campan, se le saltaban los ojos de las órbitas, al cerebro se le subía la sangre, y se le purpuraba el rostro con los amagos de inminente apoplejía, se le retorcián los músculos y se le desataban los nervios, como una epiléptica, no tanto por los golpes de aquel anticipado destronamiento, como por la caída en una humillación y rebajamiento tan espantosos y tremendos. Imagínese los ensueños de una noche febril cómo acrecentarian las penas de un día entero en aquel alto calvario; donde se prolongaban años y años las agonías del principio monárquico y á cántaros la escanciaban la hiel y vinagre de un suplicio, tan cruel por lo intenso como por lo duradero. Sin embargo, se dominó todo lo que pudo la Reina y se asomó al balcón; sobreponiéndose con el mayor imperio dable á sus emociones, cuya expresión retenía tras los callados labios. Al verla, el sentimiento de veneración encendido en las entrañas del corazón humano, y sobre todo,

en el corazón de las mujeres, dominó á la muchedumbre dictándole un aplauso y un grito de sincero y fervoroso entusiasmo. La Reina se contagió del mismo afecto producido por su presencia y se creyó un instante obligada con aquellas mujeres, parecidas á furias, al coloquio desde su balcón al jardín. Y les mostró afectos de verdadera benevolencia, correspondidos por ellas con afectos de verdadero entusiasmo. Pero siempre hay una discordancia en las más atinadas concordancias y siempre un amargor y un grano de hiel en todos los dulzores morales. Una de aquellas mujeres le dijo que había mandado bombardear París el día de la Bastilla y dispuesto lo necesario la madrugada del seis de Octubre para fugarse desde Versalles á la frontera francesa y volverse al frente de tropas extranjeras sobre París. Aunque ambas imputaciones eran ciertas, llamolas calumnias la Reina, diciendo que solamente los calumniadores de oficio podían imputárselas al mejor y más amado de los reyes. A estas palabras todas aplaudieron; mas una, entre tantas, le habló alemán. María Antonieta, que, llegada desde Austria muy joven, á Francia, no había practicado el alemán, les dijo cómo tenía olvidada esta lengua, y ni siquiera sabía lo que hablaba su interlocutora, con la cual afirmación produjo un entusiasmo, cuyos extremos llegaron hasta pedirle flores y cintas del sombrero que tenía puesto para distribuirlas como reliquias verdaderas. Una explosión de popular entusiasmo terminó aquel diálogo de rápida concordialidad entre una Reina y un pueblo imposibilitados por sus respectivos temperamentos de comprenderse y amarse.

La familia real, en vista del nublado que relampagueaba y tronaba sobre sus asombradas frentes y sus malheridos cuerpos, habíase juntado más y más en sí misma, concluyendo las murmuraciones de unos contra otros, tan funestas y terribles para todos. Y á medida que las exigencias de libertad más crecían, menos las alcanzaban á comprender y sentir aquellas infelices víctimas de su atávica educación y de sus altos destinos. En las Memorias de madame Campan se leen las lecciones de política dadas durante las vigiliass de aquellas noches del invierno del ochenta y nueve por el Rey á su hijo. Y no sabe uno qué admirar más en ellas, si la ignorancia del derecho natural, ó la persistencia en los errores antiguos, no obstante las múltiples y sabias lecciones que le daban de consumo la realidad viva y la experiencia diaria. El Delfin, pobre muchacho, después de haberse visto adorado sobre las techumbres de Versalles como un dios, veíase acosado en París como un perro. Sabía que su padre y su madre ostentaban el título de Reyes, y que su hermana y él eran príncipes, acreedores, por tanta, á toda clase de respetos, cuando no de religioso culto. ¿Cómo sucedía que los desacataba el pueblo en lugar de venerarlos? Preguntábale al Rey. Pues bien clara y sencilla para el Rey la respuesta. El había nacido con todos los privilegios gozados por sus progenitores en la sucesión de los siglos. Y con estos privilegios Monarca y pueblo eran felices. Pero muy bondadoso de suyo, antojósele al Rey hacer más feliz al pueblo aún de lo que bajo su absoluto cetro fuera; y aquí estuvo su error. Había

sostenido varias guerras; y, con tal ocasión gastado el dinero pedido por las obligaciones impuestas al poder supremo en todas estas difíciles circunstancias. Los ingresos diarios no podían ocurrir á la satisfacción de esta necesidad. Reunió así, para que votaran los tributos á nombre del pueblo, los magistrados que componen el Parlamento, según habían hecho sus antecesores en casos análogos, y dijeron al Rey estos magistrados que convocase la representación directa del pueblo mismo. Dentro de la cabeza del Monarca no cabía otra representación del pueblo que los Estados Generales con sus tres brazos, con sus clases diversas, con un clero y un patriciado revestidos de privilegios, con todos los caracteres propios del antiguo régimen. Y en cuanto se habían reunido éstos, él, que imaginaba procederían como procedieron la última vez de su reunión, hacía siglo y medio, se halló con que comenzaron á pedir derechos, los cuales no podía como Rey otorgar, y á ejercer una soberanía, la cual no estaba en el caso como Rey de consentir. Esta resistencia se fundaba, no sólo en su propia voluntad, se fundaba en la obligación atávica con sus antecesores de guardar el depósito de sus prerrogativas, y en otra obligación estrecha con sus herederos de transmitírselas íntegras, teniendo así en su pro la eternidad entera; por consecuencia, Dios mismo en persona. Y tras los Estados Generales que le pedían parte de sus prerrogativas, erguíase á su vez el pueblo francés, quien, movido por algunos perversos, mantenía, sostenía y alentaba los Estados Generales en sus perturbadoras pretensiones. Parece imposible que tal idea concibiera de sus derechos y de los derechos del pueblo Luis XVI. Lecciones tales daba el cuitado á su hijo respecto de los pensamientos extendidos en aquella sazón por las altas cumbres del humano espíritu. Cuando ve uno todo esto, cuando lo considera y lo piensa, imposible desconocer la eminencia de un choque horrible, generador de una tremenda catástrofe, porque no cabía inteligencia, sino guerra entre lo pasado y lo presente por aquel entonces, guerra entre lo presente y lo porvenir.

Bien caro pagó el pobre niño aquella equivocación de sus padres para que no recojamos los menores hechos suyos y las más insignificantes palabras con que tropecemos en la Historia. Esta idea fija de conservar lo antiguo contra todo el torrente de las ideas nuevas y contra todo el movimiento de los hechos sociales, traía consigo aparejada la consecuencia de que, no pudiendo fundar la sociedad justa y progresiva que demandaban entonces las evoluciones lógicas del progreso humano, sin quitar la clave del tormento, de la servidumbre, de la trata, del feudalismo guerrero y de la teocracia tradicional, sostenes de toda tiranía, sin quitar su clave capitalísima, la realeza, tuvieran por necesidad que pasar las personas, representantes de tal institución, por un calvario, cuyas raíces no vemos en los abismos de lo pasado, aplicando así al buen Luis XVI y á su mujer la justicia estricta, como si fueran individuos aislados y sin enlace alguno con el tiempo, cuando se aparecen á la Providencia divina y á la justicia inmanente, cuya personificación de instituciones, que han sido en el espacio nuestra larga cadena, cuyos eslabones pesadísimos no pu-